

no, blancas, como recuerdos de aquella unidad de luz que, según nuestro modo de concebir, es anterior y posterior al acto de Voluntad por el cual, al incidir sobre el prisma del principio de razón suficiente, desplegó sus destellos en la gama de los colores.

Quédeme y olvidéme,
El rostro recliné sobre el Amado,
Cesó todo, y dejéme,
Dejando mi cuidado
Entre las azucenas olvidado.

Por ello, la sensibilidad estética y la elevación en las moradas del espíritu suelen elevarse a potencia recíprocamente.

La contemplación de la «infinita eremi vastitas» sin la presión de las «tectorum umbrae» ni la reclusión de la «urbium carcer» (1), elevaban el espíritu de fuego de san Jerónimo por la vertical del ascetismo; cuéntanos santa Teresa (2) que al comenzar a tener oración «es bueno un libro para presto recogerse», y como le servía a ella de libro provechoso para el comienzo de la vida de oración «ver campos, agua, flores»; y en la contemplación del cielo «estrellado», «si estamos atentos a lo secreto que en nosotros pasa, veremos que este concierto y orden de las estrellas, mirándole pone en nuestras almas sosiego: y veremos que con sólo tener los ojos enclavados en él con atención, sin sentir en qué manera, los deseos nuestros y las afecciones turbadas,

(1) Epístola de san Jerónimo a su amigo Eliodoro «Quanto amore...»

(2) «Vida», cap. IX.

